

KLEIST

SOBRE EL TEATRO DE MARIONETAS

Cuando pasaba yo el invierno de 1801 en M., encontré ahí una noche, en un jardín público, al señor C., quien desde hacía poco, en esa ciudad, se desempeñaba como primer bailarín de la Opera y era sumamente afortunado con el público.

Le dije que me había sorprendido encontrarlo ya en varias ocasiones en un teatro de marionetas que había sido instalado en la plaza y que divertía a la gente mediante pequeñas *burlesques* dramáticas, entrelazadas con canto y danza.

El me aseguró que la *pantomímica* de dichos muñecos le proporcionaba un gran entretenimiento e hizo notar claramente que un bailarín que deseara adiestrarse podía aprender mucho de ellos.

Como la aseveración, por la forma en que la hizo, me pareciera más que una mera ocurrencia, me senté a su lado para interrogarlo más de cerca sobre los motivos en que pudiera apoyar tan peculiar aserto.

Me preguntó si, en efecto, no encontraba yo muy graciosos algunos movimientos de los muñecos, en especial de los más pequeños, al bailar.

Esa circunstancia no podía yo negarla. Un grupo de cuatro campesinos bailando al rápido compás de la ronda no hubiera podido ser pintado con más gracia por Teniers.

Me informé acerca del mecanismo de estas figuras y de cómo era posible regir cada uno de los miembros de las mismas y sus respectivos puntos en la forma requerida por el ritmo de los movimientos o por el baile, sin tener miríadas de hilos en los dedos.

Contestó que no tenía que imaginarme que cada miembro en particular, durante los diversos momentos del baile, fuera colocado y retirado por el mecánico.

Cada movimiento, indicó, tiene un punto de gravedad; bastaría con regir dicho punto en el interior de la figura; los miembros, que no son más que péndulos, se ajustarían de por sí, en forma mecánica, sin intervención alguna.

Agregó que este movimiento es muy sencillo; que cada vez que el punto de gravedad es movido sobre una *línea recta*, los miembros describen *curvas*; y que a menudo, estremecido en forma meramente accidental, el conjunto es puesto en un tipo de movimiento rítmico análogo al de la danza.

Esta observación me pareció arrojar por fin algo de luz sobre el entretenimiento que él había pretendido encontrar en el teatro de las marionetas. Entre tanto, ni remotamente sospechaba yo todavía las consecuencias que de ello sacaría él más adelante.

Le pregunté si creía que el mecánico que regía estos muñecos debía ser bailarín, o si, al menos, debía tener un concepto de lo bello en la danza.

Respondió que cuando una ocupación es sencilla en su aspecto mecánico, de ello no se sigue que pueda ejercerse sin sensibilidad alguna.

La línea que debe describir el punto de gravedad sería por cierto muy sencilla y, según él creía, en la mayor parte de los casos, recta. En los casos en que fuera curva, la ley de su curvatura parecería ser al menos de primero o cuando mucho de segundo orden; y aun en este último caso sólo elíptica, cuya forma de movimiento era por lo demás la natural a las extremidades del cuerpo humano, por lo cual no suponía mucha ciencia por parte del mecánico para trazarla.

Por otra parte, esta línea sería, desde otro punto de vista, algo muy misterioso. Pues no sería el *camino del alma del bailarín*; y él dudaba que pudiera encontrarse en otra forma que no fuera la de que el mecánico se trasladara al punto de gravedad de la marioneta, es decir, con otras palabras, que *bailara*.

Respondí que la ocupación del mecánico me había sido expuesta como algo bastante trivial: acaso sería como girar la manija con que se toca el organillo.

De ninguna manera, contestó. Más bien se comportan los movimientos de sus dedos con relación al movimiento del muñeco atado a ellos de forma bastante artificiosa, acaso como los números respecto de sus logaritmos o como la asíntota con relación a la hipérbola.

En eso pensó que aun este último residuo de espíritu de que había hablado podía ser retirado de las marionetas, que su danza podía ser completamente adscrita al ámbito de las fuerzas mecánicas y representada por medio de la manija, tal como yo lo había pensado.

Expresé mi asombro de ver cuánta atención prestaba, como si se tratara de una de las bellas artes, a esta forma de juego ideada para las mayorías. No era sólo que la tomara por susceptible de una evolución superior: parecería incluso ocupado en ello.

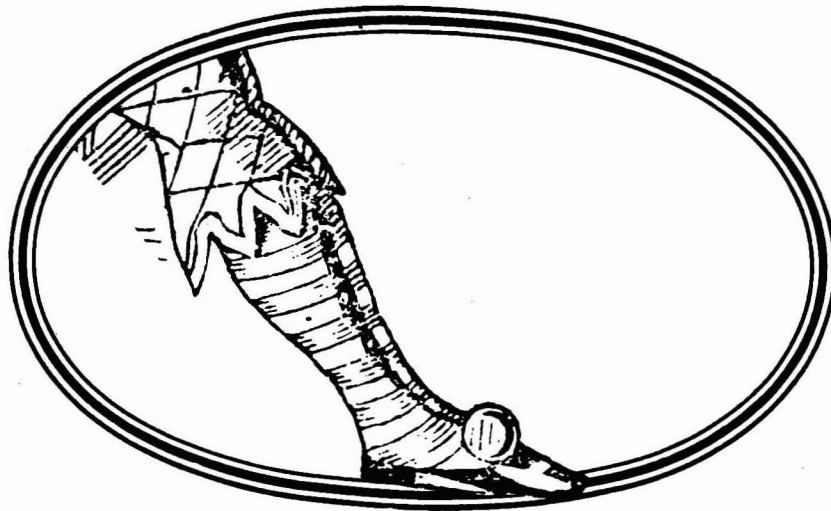
Sonrió y dijo que se atrevía a suponer que si un mecánico estuviera dispuesto a construirle una marioneta, de acuerdo con los requerimientos que pensaba exigirle, presentaría por medio de ella un baile que ni él ni ningún otro bailarín competente de su tiempo, sin excluir al propio Vestris, estaría en posibilidad de lograr.

¿Ha oído usted —preguntó, mientras callado dirigía yo la mirada a la tierra—, ha oído usted acerca de aquellas piernas mecánicas fabricadas por artifices ingleses para los desdichados que han perdido sus extremidades?

Dije que no, que tal cosa no se había presentado ante mis ojos.

Qué pena, contestó; porque si le digo que esos desdichados bailan con ellas, casi me temo que no me lo va a creer. —Qué digo, ¿bailan? La gama de sus movimientos es ciertamente limitada; sin embargo, los que están a su alcance los realizan con una tranquilidad, ligereza y gracia que deja perplejo a cualquier espíritu pensante.

Expresé, bromeando, que en ese caso había encontrado a su



hombre. Ya que el artífice capaz de fabricar una pierna tan singular, podría sin duda ensamblarle también una marioneta completa, de acuerdo con sus necesidades.

¿Cuáles son —pregunté, mientras era él ahora quien miraba al suelo un poco desconcertado—, cuáles son por cierto las condiciones que ha pensado requerir con miras a la destreza de la marioneta?

Ninguna, contestó, que no sea ya disponible: proporción, movilidad, ligereza —sólo que todo en alto grado; y sobre todo una disposición de los puntos de gravedad acorde con la naturaleza.

¿Y cuál sería la ventaja de dichos muñecos respecto de los bailarines vivos?

¿La ventaja? En primer lugar una ventaja negativa, mi excelente amigo, a saber, que nunca sufrirían de *afectación*. Pues la *afectación* aparece, como usted sabe, cuando el alma (*vis motrix*) se encuentra en cualquier otro punto que no sea el punto de gravedad del movimiento. Como el mecánico, en todo caso, no tiene dominio más que sobre este punto, en virtud del cable o el hilo, todos los miembros restantes serían lo que deben ser: inertes,

meros péndulos, y simplemente cumplirían la ley de la gravedad, propiedad excelente que en vano se busca en la mayor parte de nuestros bailarines.

Piense tan sólo en la B..., prosiguió, cuando representa la Daphne y, perseguida por Apolo, se vuelve hacia él; su alma se asienta en las vértebras del sacro; se dobla como si fuera a quebrarse, como una náyade de la escuela de Bernini. Fíjese en el joven F..., cuando, en el papel de Paris, se encuentra bajo las tres diosas y alcanza a Venus la manzana: el alma se le sitúa (y es un horror verlo) en el codo.

Tales desaciertos, agregó interrumpiendo, son inevitables, dado que hemos comido del árbol de la sabiduría. Pero el paraíso está cerrado con el querubín a nuestra espalda; hemos de hacer el viaje por el mundo para ver si acaso por atrás, en alguna parte, estuviera abierto de nuevo.

Reí. En todo caso, pensé, el espíritu no puede errar donde no se presenta. Pero observé que él tenía todavía mucho que decir y le rogué que prosiguiera.

Además, expresó, estos muñecos tienen la ventaja de ser *antigraves*. Son ignorantes de la inercia de la materia, esa propiedad la más opuesta a la danza, porque la fuerza que los sostiene en el aire es mayor que la que los sujeta a la tierra. ¿Qué daría nuestra buena G... a cambio de pesar sesenta libras menos, o porque un peso de esa magnitud viniera en su auxilio durante la ejecución de sus *entrechats* y *pirouettes*? Los muñecos se valen del piso, como las sílfides, sólo para *rozarlo*, y para reanimar el impulso de sus miembros mediante el impedimento momentáneo; nosotros lo necesitamos para reposar sobre él y para recuperarnos del esfuerzo de la danza. Se trata de un momento que no es en sí parte del baile, con el cual no puede hacerse otra cosa que suprimirlo en lo posible.

Le dije que, independientemente de la habilidad con que condujera la exposición de su paradoja, no me haría pensar nunca que un títere pudiera entrañar más gracia de la que se encuentra en la estructura del cuerpo humano.

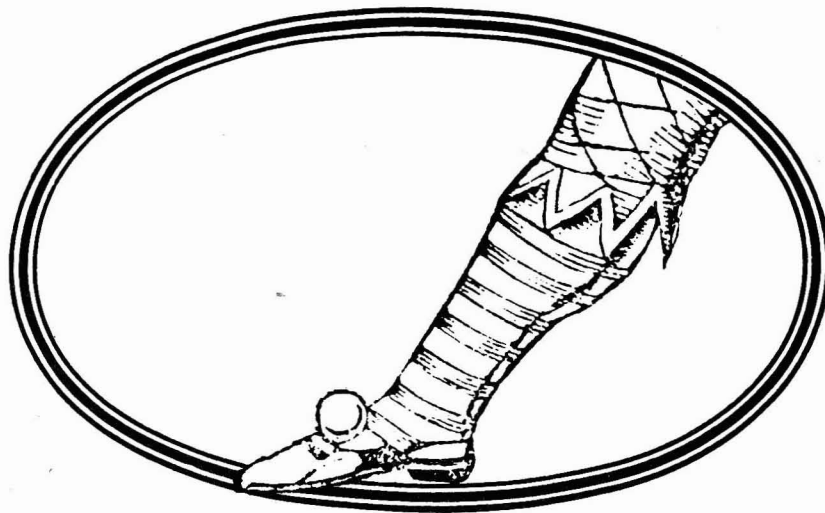
Repuso que al hombre le resultaba completamente imposible siquiera igualar al títere a este respecto. Sólo un dios podría medirse, en este terreno, con la materia; y éste sería el punto en que los extremos del mundo anular se tocan.

Me sorprendía cada vez más y no hallaba qué decir ante tan singulares opiniones.

Parecía, indicó, mientras tomaba una brizna de tabaco, que yo no había leído con atención el tercer capítulo del libro primero de Moisés; y con quien desconoce este primer periodo de la formación humana no se puede hablar con provecho acerca de los siguientes, mucho menos del último.

Le dije que, ciertamente, sabía de los trastornos ocasionados por la conciencia en la gracia natural del ser humano. Que un





joven conocido mío había perdido su inocencia, ante mis propios ojos, por una simple observación, y que después no había podido volver a encontrar el paraíso de la inocencia, a pesar de todos los esfuerzos imaginables. Pero, añadí, ¿qué conclusiones puede Ud. sacar de esto?

Me preguntó a qué incidente me refería.

Hace aproximadamente tres años, relaté, me bañaba con un joven, respecto del cual se había difundido entonces un gran encanto. El tendría alrededor de dieciséis años y apenas comenzaban a vislumbrarse las primeras huellas de un orgullo suscitado por el favor de las mujeres. Sucedió que poco antes habíamos visto en París la escultura de un muchacho que se quita una espina del pie; la figura es conocida, ya que réplicas de la misma se encuentran en la mayoría de las colecciones alemanas. Una mirada que dirigió a un gran espejo, al momento de apoyar el pie sobre un banquillo para sacársela, se la recordó; sonrió y me comentó el descubrimiento que había realizado. De hecho, en ese preciso momento, yo había observado lo mismo; mas para poner a prueba la seguridad de la gracia que poseía, para herirlo un poco, constructivamente, en su orgullo, reí y contesté que de seguro veía visiones. Se ruborizó y alzó el pie por segunda vez para demostrármelo; pero como era fácilmente previsible, el intento fracasó. Confundido alzó el pie por tercera, cuarta, quizá hasta por una décima vez: en vano, era incapaz de reproducir aquel movimiento—, pero ¿qué digo? sus movimientos eran en cierto sentido tan cómicos, que tuve que esforzarme para contener la risa.

A partir de ese día, más bien a partir de ese momento, operó en el joven un cambio incomprensible. Comenzó a pasarse los días ante el espejo, perdiendo un encanto tras otro. Parecía que una fuerza invisible e incomprensible se hubiera interpuesto como una red metálica para impedir el libre juego de sus gestos y, transcurrido un año, no quedaba en él huella alguna de aquel encanto, que en otros tiempos deleitara los ojos de quienes lo rodeaban. Todavía vive alguno que fue testigo de tan curioso y desdichado incidente, y que podría confirmarlo, palabra por palabra, tal como lo he relatado.

En estas circunstancias, dijo el señor C... amablemente, he de referirle otro acontecimiento que, como comprenderá fácilmente, viene muy a propósito.

Durante mi viaje a Rusia, me encontraba en una finca del señor de G..., noble lituano cuyos hijos se adiestraban entonces con gran dedicación en la esgrima. Sobre todo el mayor, que acababa de regresar de la Universidad, se las daba de virtuoso, y una mañana que me encontraba en su habitación, me ofreció un florete. Peleamos, pero sucedió que yo lo superaba; el apasionamiento contribuyó a perturbarlo; casi todos los golpes que yo lanzaba lo tocaban, y finalmente su florete voló hasta el rincón. Medio en broma, medio sentido, dijo mientras levantaba el florete,

que había encontrado a su maestro: pero que en este mundo todos encontraban al suyo, y que enseguida me conduciría ante el mío. Los hermanos rieron a carcajadas y exclamaron: ¡Vamos, vamos, bajemos al establo! y de esta suerte me tomaron de la mano y me condujeron ante un oso, al que el señor de G..., su padre, había hecho criar en el fundo.

Al presentarme ante él, el oso estaba parado sobre sus patas traseras, el lomo apoyado en un poste, al cual estaba encadenado, con la pata derecha levantada presta a asestar el golpe, mirándome a los ojos: era una posición de esgrima. No sabía si soñaba al verme ante tal contrincante; pero el señor de G... exclamó: ¡Ataque, ataque usted, a ver si logra asestarle un golpe! Acometía sobre él, una vez que me hube repuesto un poco de mi asombro, con mi florete; el oso hizo un movimiento muy corto con la pata y paró el golpe. Traté de burlarlo por medio de fintas, pero el oso no se movió siquiera. Cargué de nuevo con tan inusitada destreza, que el pecho de un hombre hubiera sido irremisiblemente alcanzado: pero el oso hizo un movimiento muy corto con la pata y paró el golpe. Me hallaba casi en las mismas circunstancias que el joven señor de G... La seriedad del oso contribuía a hacerme perder la compostura: golpes y fintas se sucedían, chorreaba sudor: en vano. No era simplemente que el oso, como si fuera el mejor esgrimista del mundo, parara todos mis golpes; no caía siquiera en las fintas (en lo que ningún esgrimista del mundo podría compararsele): con sus ojos puestos en los míos, como si en ellos pudiera leer mi alma, el oso estaba ahí, con la pata levantada presta al golpe, y cuando mis ataques no eran en serio ni siquiera se movía.

¿Cree usted este relato?

¡Absolutamente! exclamé regocijado; se lo creería a cualquier extraño —tan factible resulta— y con mayor razón a usted.

Bien, mi excelente amigo, dijo el señor C..., usted tiene todo lo necesario para comprenderme. Vemos como, en el mundo orgánico, a medida que la reflexión se vuelve más oscura y débil, la gracia surge más resplandeciente y maravillosa. Pero así como la intersección de dos líneas en un punto, al prolongarlas al infinito, de pronto coincide de nuevo del otro lado, o como la imagen en el espejo cóncavo, tras de haberse alejado al infinito, reaparece súbitamente ante nosotros, así también la gracia vuelve a encontrarse una vez que el conocimiento ha pasado por el infinito, de manera que simultáneamente se encuentra más pura en aquellas formas corporales humanas que carecen totalmente de conciencia, o que poseen una conciencia infinita, es decir, en una marioneta o en un dios.

¿De modo que tendríamos que volver a comer del árbol de la sabiduría, dije un poco distraído, para volver al estado de inocencia?

Bueno, contestó, pero ese será el último capítulo de la historia del mundo.